

## EL CIUDADANO PAYRO

por

GERMÁN GARCÍA

Caseros determinó la caída de la dictadura, pero no la tranquilidad ni la concordia de los argentinos. Los viejos unitarios debieron ceder posiciones y el caudillismo se vestía con nuevo ropaje. La vida del país ofreció contrastes significativos. Brillaba la oratoria parlamentaria y se luchaba con las armas; se proclamaba el liberalismo y se burlaba la ley; se andaba tras la participación del pueblo en la vida cívica y se practicaba el fraude. Se buscaba la unión y se perseguía y encarcelaba al adversario. Los idealistas de las primeras horas siguieron en su mayor parte con su idealismo y su pobreza, desalojados por los que usaron la inteligencia para proclamar ideales cuanto para enriquecerse o defender intereses de clase. En las altas esferas triunfaba el positivismo spenceriano, tan propicio, según apunta Alejandro Korn, para el miedo de una naciente clase burguesa que confundía el enriquecimiento propio con el progreso del país. "Orden y progreso", como "Paz y administración", podían reflejar en última instancia el espíritu de una clase dirigente que relegaba a segundo término principios con raíces en la pura moral. El panorama había de reflejarlo en parte la literatura.

En esos años fue haciéndose hombre y madurando un escritor cuya obra ocuparía uno de los capítulos más importan-

tes de nuestra historia literaria, destacable como creación y valiosa en cuanto testimonio de la sociedad argentina de una época crucial: Roberto Jorge Payró.

Nació Payró en 1867. Paseó su niñez por las calles en que se producían los encuentros entre los partidarios de una y otra política o los manejados por uno u otro caudillo porteño. Vió a los triunfantes eufóricos en la vía pública y a los vencidos amontonados como escoria en las celdas del viejo Cabildo. La impresión fue indeleble y dejó profundas huellas en su memoria. Muchas veces lo recordaría más tarde.

Siendo adolescente se sintió poeta y en verso volcó el romanticismo de los pocos años, pero pronto demostró que tras el rimador y el dramaturgo en ciernes se iba fortaleciendo una conciencia de ciudadano y un sentido de la moral: por seguirlos se volvería de Córdoba, a donde se fuera como redactor de un diario con cuya orientación no podía sentirse solidario. Actitud casi instintiva que significaba incorporarse a una militancia y ajustarse a normas que se afirmarían con el tiempo.

Era la época porteña de Mitre. El respeto y la admiración hacia el prócer le venía al joven periodista por herencia, porque el padre era de los que saludaban al tribuno con el sombrero en la mano y una gran reverencia. Es el hombre público al que siempre guardara idéntico respeto y en plena madurez intelectual habrá de evocar su figura en prosa cincelada por la emoción.

La vocación de periodista estaba implícita en la de escritor y pudo nacer con la temprana afición a las lecturas. Siendo quinceañero escribió versos e ingenuas obras teatrales; publicó las rimas simples de "*Un hombre feliz*" a los dieciséis años y a los diecisiete una incidencia con "*Ensayos poéticos*". Verso prosaico, disculpable por la candidez y la ingenuidad de los pocos años. No fueron las únicas poesías que escribió pero sí las publicadas fuera de la hoja periodística. En Bahía Blanca elaboró muchas y en verso dio una larga comedia de enredos,

de la picaresca criolla vertida en estilo peninsular: *La cartera de justicia* <sup>(1)</sup>.

En 1885 —a los dieciocho años— se dio en libro su primera novela, *Antígona*, y en 1887 y 1888 dos manojos de cuentos. Con estos volúmenes —*Scripta y Novelas y fantasías*— se concreta ya el literato, pues muchas de sus narraciones pueden leerse aun hoy con otro interés que el puramente histórico o erudito.

Recordemos esos tiempos en el ámbito del periodismo y las letras. En el primero se prolongaba aun la época en que la hoja periodística era por sobre todo, por no decir exclusivamente, palestra para la lucha política. Los tribunos y los caudillos ciudadanos volcaban su sabiduría y su pasión en artículos que llenaban columnas. Luego de eso, importante por cierto desde que nos ha legado páginas admirables, el diario se hacía con rellenos, con la copia y la tijera. “La Prensa” y “La Nación”, centenarias ahora, fueron modificando y revolucioando esa característica, al incrementar y objetivar la información. Hubo también otra prensa, dirigida al pueblo de plebeyas apetencias, que se dedicó a las notas truculentas y a episodios de gauchos alzados. En el interior, escenario más difícil aun para quien se dispusiera a publicar un periódico, era frecuente y podría dar la tónica el órgano personal, cuyas columnas servían más que para la defensa de principios, aunque se proclamaran en el encabezamiento, para el agravio y el ataque a los adversarios.

El periodismo como oficio era duro y sacrificado. Cuando no servía de trampolín para ocupar algún empleito en el gobierno, el pobre periodista vivía en la indigencia casi, porque la tarea tenía muchas exigencias y escasa compensación económica.

<sup>(1)</sup> *La cartera de justicia*, comedia en cinco actos y en verso, fue publicada originariamente en folletín, en “El Porteño”, de Bahía Blanca, a partir del 25 de abril de 1888, y reproducida posteriormente, presentada por el autor de estas líneas, en el “Boletín de estudios de teatro”. Buenos Aires, n. 11/12 (1945/1946). Hasta esta segunda publicación puede considerarse que permaneció ignorada.

En la pura literatura predominaba la generación aristocrática del ochenta, con escasos rastros del romanticismo, la de los prosistas fragmentarios y los viajeros displicentes que desahogaban su aburrimiento en páginas propicias para amable pasatiempo de una distinguida *élite* de lectores. Nadie empero podría negar la inteligencia ni las inquietudes intelectuales de esa generación que recibió de Francia la influencia del naturalismo, el que repercutió aquí en las novelas de Francisco Sicardi, Manuel Podestá y Eugenio Cambaceres, sobre todo en las de éste, que publicó *Silbidos de un vago* en 1882 y *Sin rumbo* en 1885, el mismo año en que Payró editara su primera novela. Acusaría también esa influencia *La gran aldea* de Lucio López, y mostraba entraña naturalista *La Bolsa*, documento aquélla de costumbres de Buenos Aires; la otra, del derrumbe económico del país. Podría decirse que esta literatura dio característica al cuarto de siglo que va desde el ochenta hasta 1905, años en que llegó a la plenitud intelectual la personalidad de Payró. Las novelas producidas por esos y otros escritores de la época se propusieron, en unos casos, al estudio "científico" de individuos que podían recibir la herencia de sangre viciada, y en otros reflejar la caída moral de una sociedad que se lanzó a la aventura de las finanzas y no tuvo más norte que el enriquecimiento bien o mal logrado. El centro o escenario para el desarrollo de sus argumentos fue Buenos Aires, y los personajes tan sólo de un sector humano, no precisamente el del trabajo creador. Toda esa literatura, aun la retórica y la intrascendente de los "conversadores", que fueron desapareciendo, tiene un extraordinario valor para el estudio y la comprensión de nuestro pasado. Más valor como documento que como creación literaria, incluso, como en el caso de *La Bolsa*, porque rozaron lo panfletario y tuvieron capítulos admonitorios.

No es extraño que Payró acusara a su vez influencia del creador de los Rougon-Macquard, visible en algunas crudas escenas de su *Antígona* y en cuentos de los otros dos libros

citados. La conservaría siempre, pero en lo esencial de la escuela y el método, aunque mayor habría de ser la de otro grande de la novelística, Balzac, cuya cíclica y ciclópea *Comedia humana* le hizo pensar en un esfuerzo similar para hacer la biografía novelada de la Argentina. Algunos pasos dio en ese sentido y la lectura de *El capitán Vergara*, por ejemplo, nos demuestra que capacidad no le faltaba. Lo soñó toda su vida y no pudo concretarlo, porque las circunstancias y sobre todo su espíritu de ciudadano combatiente, por fuerza habían de impedirle cerrarse con cuatro llaves, aislarse del mundo para vivir solamente su propio mundo, el de la creación literaria. Fue para él un drama. El drama del hombre sensible al dolor que lo circunda y vivamente apasionado por el destino de su país, amante de la justicia y defensor de la libertad.

Bahía Blanca fue el escenario donde el periodista y el escritor hicieron fructífera experiencia. Allí llegó al cumplir los veinte años, cuando el mangrullo del viejo fortín se estaba carcomiendo y bullía en el pueblo una sociedad heterogénea, muy distinta de la de Buenos Aires y reflejo de cómo se estaban poniendo los cimientos de una nueva Argentina, con herencia del caudillismo gaucho y aporte de sangre gringa. Como la zona bonaerense era ya la más rica del país y adquiriría cada día mayor gravitación en la vida nacional, fácil es apreciar cuánto importaba el estudio de los individuos que la habitaban. Payró vivió aquí cinco años de observación y de lucha. Ejerció diariamente el oficio periodístico, desde 1888 en su propio diario, "La Tribuna"; buscó ayuda económica hasta haciendo de martillero, sin mucha suerte; participó en entidades culturales, militó activamente en la masonería, estuvo en la brega educacional y sobre todo se volcó sin medida en la acción política. Todo no era más que su lucha, la lucha apasionada del ciudadano que sentía en carne propia los males del país, la falta de moral en la vida pública, y que llegaba a la ira en la denuncia y la acusación. Aunque al prin-

cipio de su estada en Bahía Blanca escribió páginas de ficción, versos y hasta la comedia que hemos recordado, mas algunas piezas cortas, en verso, que se representaron, podríamos decir casi que en esta cruzada el escritor dejó a un costado, poco a poco, la literatura. La literatura vendría después, aprovechando lo visto y lo vivido, pero lo importante, ahora, era la taballa de todos los días.

En esa batalla las armas de los contendientes eran desparejas. Es cierto que el joven periodista tenía a su favor la base firme de su puro patriotismo, de su ética, de su civismo, de su misma valentía personal, y el instrumento poderoso de su propia hoja. Pero los otros reunían en sus manos todas las ventajas que brinda el poder público, las posiciones oficiales, principiando por la policía. También al clero. La mayoría de la población, como siempre, temió perder la tranquilidad, pero no la libertad porque no la necesitaba, y acató a los de arriba. Payró hubo de afrontar momentos difíciles y hasta persecuciones. El episodio "Sitiado por el hambre", de *Pago Chico*, puede reflejar su situación con fidelidad. Afrontó la clausura del diario, choques con el comisario y hasta una acusación de haberse quedado, como rematador, con dinero ajeno. En Bahía Blanca fue uno de los conspiradores, si no el jefe, del movimiento revolucionario del 90, organizando reuniones clandestinas en escondidos lugares del puerto. Su diario fue mitrista, paladín de la Unión Cívica y contrario del Acuerdo, porque su director no quería ni acuerdos ni confusiones.

Al poner fin a los capítulos de *Pago Chico*, asentaría que el lector había asistido, leyéndolos, "...nada menos que a las primeras palpitations de una democracia en gestación y a los primeros desperazamientos de una gran ciudad en la cuna". En ese espectáculo del palpar de una democracia inorgánica, Payró fue espectador atento, testigo insobornable, protagonista apasionado e inexorable juez.

Esa fue una experiencia, dolorosa experiencia porque si de ella resultó templado el ánimo, robustecido su cerebro y

enriquecido su entendimiento, también salió de la aventura, en cuanto a recursos económicos, pobre de solemnidad. Como postulante hubo de presentarse en las redacciones porteñas y tan desconocido era al parecer que al poco tiempo debió dejar en la administración de un diario, como prenda del anticipo que le dieran para enterrar al hijo muerto, su reloj de bolsillo.

Pero pronto lo conocerían todos, porque en el mismo año del regreso de la fructífera aventura bahiense se destacaría como periodista de un nuevo estilo, ágil informador de lo que viera por sí mismo, denunciador del cuatrismo y acusador de un caudillismo sin escrúpulos ni conciencia. Realizó en 1892 una gira por el interior de la provincia de Buenos Aires que dio lugar a las páginas que con el título de “En los dominios platenses” fue dando en “La Nación”, diario que probó así el temple de su nuevo redactor. Con ellas quedó definitivamente ligado a la hoja de Mitre, de la que fue a veces una especie de corresponsal viajero: al Norte, al Sur, al Oeste; a Uruguay, a Chile. Cada viaje tuvo un eco y algunas de las crónicas tomaron luego el ropaje del libro: *La Australia Argentina, En las tierras de Inti*. La crónica de circunstancias era a la vez testimonio de valor permanente.

Se sucedieron los años de afiebrado trabajo. Escribió en publicaciones periódicas y dirigió algunas, arquitecturó obras dramáticas que lo señalan como uno de los pilares del teatro nacional. Escribió la joya literaria que se titula *El casamiento de Laucha* y publicó *Pago Chico*, con episodios inspirados en acontecimientos de Bahía Blanca y de muchos otros lugares, según puede establecerse recorriendo las columnas de “En los dominios platenses”, lo que demuestra que la vida transcurría lo mismo, con similares procedimientos e idénticas características, en todos los pueblos que concretaban la transformación del país.

La tarea resultaba agotadora y el escritor se sentía agobiado, sufriendo ante la perspectiva de no poder cumplir sus

ansias de dedicarse a la creación de lo propio, de lo que siempre quiso hacer y se lo impedía la necesidad de emplear horas y horas cada día para el trabajo periodístico de rutina. Es posible que anduviera al borde de la neurastenia y lo cierto es que tuvo un período de pesimismo y amargura. Es lo que brota de algunos relatos incorporados a *Violines y toneles*, como *Mujer de artista*, del que luego saldría la pieza teatral *El triunfo de los otros*; de *La paradoja del talento* y de *Un terrible experimento*. Fueron, sin embargo, los años de su lucha en el campo social.

En busca de liberación se fue a Europa con su familia, royéndole siempre el ansia de la Comedia humana argentina. Un eslabón de la cadena podía ser *Las divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*. La del abuelo quedaría en ilusión, como la del bisnieto, pero dio en los años europeos y en los que siguieron luego los que podían ser, cronológicamente, trancos iniciales, con *El capitán Vergara* y *El mar dulce*.

El hombre propone, el destino se encarga de los demás. Y el destino del ciudadano consciente y del escritor que era ante todo y por sobre todo hombre, lo llamó a otra brega en la que la pluma fue sólo uno de sus instrumentos, en este caso el más valioso, puesto que se constituyó en vehículo de su defensa de la dignidad humana. Los días signados por el drama y la tragedia de la guerra lo tuvieron de testigo y esta vez, como siempre, fue el escritor comprometido. Nunca pudo serlo contemplativo.

Se dio entonces su aventura de habitante de un país avasallado y resonó el grito de su protesta ante el espectáculo del militarismo sin freno pisoteando a un pueblo indefenso. Dominó a Payró en esas horas lo que él llamaría "fiebre obsidional" y escribió muchas páginas que quedarán para la historia de esa guerra por los episodios que relata y de todas las guerras, por cuanto a cualquiera puede asignársele idénticos procedimientos y en todas se repiten los mismos hechos.

Por azar se salvó del fusilamiento. Terminó la lucha armada y volvió a la Argentina. Como cuando regresó de Bahía Blanca, 27 años antes, el retorno fue triste, con el agravante ahora de que el hombre no estaba en la mocedad. Un manuscrito diario de viaje nos señala la amargura de este retorno. Las perspectivas son malas para él y se siente poco menos que desesperado luego del sacrificio suyo y de su familia. "En suma, voy a *pretender*, como dicen los antiguos españoles", apunta, pesimista, cuando recuerda las pocas esperanzas que se le dan de que su diario le proporcione una posición digna.

Pero el optimismo será a la postre lo último que pierda, y sólo con la vida. Bien o mal pagado, el periodista y el escritor siguen cumpliendo su vocación y destino con igual voluntad. Edita libros que tenía escritos o toman forma en esos días y da a las tablas obras de la madurez. Se dedica a la crítica literaria con jugosos y agudos comentarios que titula "Al azar de las lecturas" (2) y hace que la nueva generación se le acerque. Está con los escritores de inquietudes sociales, naturalmente desde que él siempre fue un proletario de la cultura.

#### CONOCIMIENTO DEL PAIS

Ya hemos visto que Payró recorrió detenidamente el país y —motivo para conocerlo mejor— también países vecinos: Uruguay, Paraguay y Chile. No fue observador superficial sino atento y hasta apasionado. Le interesó el paisaje pero más la sociedad que lo habitaba. Sobre Buenos Aires publicó cientos de páginas con sus agudas observaciones de periodista inquisidor, algunas, como las "Crónicas" dadas en La Nación de 1906, a modo de glosas sobre la vida diaria. Otra profundidad tuvieron las reflexiones que asentó en 1901 en la "Revista de derecho, historia y letras", de Zeballos, de la que

(2) El Departamento de Letras de la Universidad Nacional de La Plata reunió en un volumen, editado en 1968, *Al azar de las lecturas*.

fue secretario, y que se complementan con las que contemporáneamente ofreció en "El Siglo XX", donde habla del país y de su desproporcionada y parasitaria capital, consumidora y no creadora de riqueza.

Importa mucho el interior, tal como lo vio, lo auscultó y lo reflejó. Los cinco años de Bahía Blanca significaron mucho, pero la experiencia tenía que completarse, para ser reflejo del panorama, con los viajes periodísticos a otros lugares de la Provincia, sobre todo el de 1892, del que nacieron trece crónicas que tienen, en la realidad, el significado de *Pago Chico* y de *Las divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira* en la literatura. Eran los tiempos del caudillismo semirrural, del caudillo mayor y de su lugarteniente o brazo ejecutor, jefe éste de una pandilla de caciquejos que se cobraban los servicios con el abigeato impune. *Pago Chico* es como un desahogo a través de la ironía y del humor de algunos de estos episodios. En su mayor parte pueden pertenecer a sucesos y personas reales de la misma Bahía Blanca, sucesos en que pudo ser protagonista el mismo autor, escondido tras el periodista Viera de "La Pampa". Tal el del incidente con el comisario. Pero no era ese el lugar más representativo de la política criolla de engaño, latrocinio y agresión. Las crónicas de "En los dominios platenses" así lo demuestran y algunas de ellas pasaron, coma más, coma menos, a ser capítulos del libro. Uno de ellos es el de tintes sociológicos que atribuiría después al boticario Silvestre. Pero los hechos ahí están, en las páginas de "La Nación", para que los analicen ahora los historiadores. El caudillo lugareño se presenta con el tirador cargado de balas, y el de más arriba, que puede ser Mauricio Gómez Herrera, se da el lujo de montar una vía decauville para llevar relleno al patio del prostíbulo, a costa por cierto del municipio, que carece de recursos para tapar los pantanos de la plaza pública. La Provincia es una gran cancha de taba y cuando el comisario hace escarmiento enchalecando a un infeliz paisano, que tal es un doloroso episodio de *Pago Chi-*

ca, quienes nombran los comisarios arrear hacienda ajena a una especie de islote para contramarcarla. Antes de pasar a la literatura en otro estilo, todo eso se volcó en frases de indignación, al asentar el joven periodista “no sé si esto mueve a llanto o a risa pero . . . me gustaría que hubiese pasado en otras tierras y en otros siglos”, cerrando sus crónicas bonaerenses con un terrible broche: “Creo en Dios, que no puede permitir que dure mucho tiempo”.

Mucho sirvió este andar del periodista de un lado a otro para enraizar las obras literarias del escritor. Las novelas, los relatos y las piezas teatrales. En algunos casos se citaron como episodios. Tal el cuento “Drama vulgar”, de *Violines y toneles*, que inspiró a la vez el drama *Sobre las ruinas*. “Canción trágica”, de *En las tierras del Inti*, pasó a las tablas con igual título mientras la biografía del payaso que en la Patagonia se hizo pionero protagonizó *Alegría*, su comedia póstuma. De más trascendencia es para nosotros lo que está en lo íntimo y constituye la esencia de sus libros sobre el país, sobre todo en *Las divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*. Por cierto que la visión de esta tierra, a la distancia no está de acuerdo con la brillante que nos habían de presentar los cantores del centenario, en la pedrería de odas para recitar al son de los clarines y discursos de desbordante euforia.

Payró llevó al teatro su fe en el futuro de su patria, que había de progresar pese a los dolores que en el viejo poblador adherido a la tradición produciría ese progreso, y puso también sobre las tablas el debate de los problemas sociales de su hora. Esto tuvo especial significado en la época, la suya del militante socialista. Ocurrió en momentos de reacción, cuando la incomprensión y el miedo de las clases dominantes intentó contener la marejada con leyes represivas. Se presentó entonces *Marco Severi*, protesta y alegato contra la ley de residencia. Era el teatro de ideas y el escenario sirvió de tribuna, no sólo porque se representaba en él el drama del inmigrante expulsado de su segunda patria, sino porque, caído el telón, el

proscenio se transformaba y desde él los militantes del movimiento cívico y los espectadores impresionados por el argumento, se transformaban en oradores.

El escritor estuvo atento al palpitar de la sociedad de que formaba parte. Con su mirada quería ir a lo hondo y aunque por momentos su prosa hace gala de un humorismo juguetero, forzoso es para el lector atento detenerse a reflexionar sobre lo que se le presenta. Son los pícaros de tono menor que se enseñorean de Pago Chico; son los fulleros, carreristas y tramposos que pueblan "La Polvareda" y los delincuentes de levita que pululan *Las divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*. No fue todo ese conglomerado humano sino el pase a la literatura, producto de la creación intelectual y no pura y afiebrada imaginación, de las gentes con las que hubo de lidiar el autor de las tramas en su andar de cronista y en su vivir de ciudadano del común. En algunos aspectos podría ser esto la historia de una pasión argentina que respondiera a las inquietudes de Eduardo Mallea para encontrar a la que está detrás de la Argentina visible. Y quienes escarban en busca de raíces pueden descubrir, al hallarlas, que están un tanto podridas y que todo lo que podían dar las que se desarrollaron con el nieto de Juan Moreira no había de ser fruto azucarado.

#### EL MILITANTE

Indudablemente, la obra literaria que nos dejó el autor de esta trilogía pampeana es la creación de un militante. Podría ser la de un militante del campo literario exclusivamente, pero en este caso es nada menos que la de un combatiente de la lucha social. En la literatura, cada uno en su puesto, cada uno a través del propio temperamento, nos dieron la imagen de la Argentina otros escritores como Cambaceres, Martel, Fray Mocho y Sicardi. Con *El matadero* documentó crudamente Echeverría toda una época de achuradores, y en el campo so-

ciológico, de análisis que implicaba denuncia, ofrecieron la suya entre muchos más, Sarmiento y Agustín Alvarez. Todos pusieron la mirada en la propia tierra y sufrieron su angustia con la angustia del propio país.

Payró tuvo la pasión del suelo nativo. Tanto que lo proclamó como escenario obligado para toda obra literaria que aquí se escribiera. “En nuestro país, inmenso y casi despoblado aun, la historia, la novela y la poesía no pueden prescindir nunca de la naturaleza, y no de la naturaleza como accesorio, sino como elemento principalísimo”, dijo en el prólogo que puso a *Montaraz*, de Martiniano Leguizamón. Y al referirse a la producción de Fray Mocho diría en su elogio que retrató tipos genuinamente nuestros, “todos los tipos que no pueden existir ni actuar en otra parte sino aquí, en esta tierra cuyos asuntos artísticos y literarios casi no han sido tocados por nadie, y cuyo aprovechamiento puede y debe dar tantas obras de primer orden.” La naturaleza y su hombre signaron su propia producción. Habría sido incapaz de evadirse de este círculo de hierro que lo sujetaba al lugar de su nacimiento.

La obra literaria que dejó para la posteridad y que enriquece la historia de nuestras letras, fue un verdad la expresión de un apasionado por el destino de su patria. Otra expresión fue su militancia ciudadana. Ya hemos recordado cuánto le impresionaron los episodios que contempló siendo niño. Saliendo de la adolescencia entró en las filas políticas. Se hizo mitrista y su mitrismo, que guardaría siempre la admiración y el respeto del prócer, derivó en una apasionada militancia radical. Por enarbolar la bandera argentina el día en que el general Mitre regresaba de Europa arriesgó la clausura de su diario en Bahía Blanca, en cuya primera plana se proclamaba la candidatura del traductor del Dante para una nueva presidencia. Pero no seguía al hombre a ciegas, y cuando se anunció el Acuerdo con el roquismo rompió lanzas. Participó en la revolución del 90 y más tarde, en 1893, combatió en el alzamiento contra el costismo.

Las crónicas documentadas de “En los dominios platenses” son el relato de un viaje periodístico y a la vez la denuncia del ciudadano que se indigna. El panorama, para el hombre de bien y para el patriota, era sombrío, porque el destino del hombre de bien estaba en manos de delincuentes y el de la patria en poder de pícaros y aventureros. Fustigó duramente, mostrando una valentía personal de la que no todos los periodistas ni escritores podían hacer alarde. La visión del lector a la distancia, el de sus obras de ficción y el de sus crónicas de la realidad, podía ser pesimista. La del escritor no lo era. Muchos años después, tal vez sin pensar en eso, había de aclararlo: “No se es pesimista por criticar lo malo y sacarlo a la vergüenza. Se es, por el contrario, optimista cuando se cree —como creo yo— en la posibilidad del remedio...”, dijo a través del doctor Albornoz.

En el Sur observó cómo la tierra del futuro argentino se entregaba por leguas a los paniagudos de la Capital y no a los que podían trabajarla, y a los policías que no eran amparo sino lo contrario para los pobladores pacíficos; en el Litoral, esconderse en el monte a quienes no se avenían a las órdenes de los que mandaban; en Catamarca, que un solo propietario era dueño de un tercio de la Provincia. Como ciudadano se rebeló siempre contra todo esto y de ahí su posición intransigente y su inquirir sobre los problemas y sus posibles soluciones. Vivió con ojo alerta el período de la transformación social del país y observó como en la Capital de la República se iba produciendo el proceso de esa transformación, con la repercusión en este suelo de movimientos proletarios que antes y entonces se daban en Europa. El sindicalismo ensayaba aquí sus pasos iniciales, arrastrado por mentalidades anarquistas; se publicaban hojas periodísticas que tenían esa tendencia y se produjeron las primeras huelgas, inconcebibles para las clases dominantes, que las combatían con el sable y con el plomo. La jornada del obrero podía ser de doce horas, las mujeres y niños eran explotados por la naciente industria; se producía

la desocupación y los trabajadores se hacinaban con sus familias en conventillos carentes de las mínimas condiciones de higiene.

Al escribir en su madurez la "Fisonomía de don Bartolo", asentó que el espectáculo de las luchas internas contemplado en la niñez se le grabó tan profundamente, que muchos años después andaba buscando ahincadamente su explicación. Ahora, observando ese reflejo de la Argentina aluvional que iba suplantando a la de tradición patricia, también se daría con ahinco a reflexionar sobre los problemas que se planteaban y las causas que los habían engendrado. Dióse cuenta de que la política, ahora, tenía que ser otra. El nuevo acontecer sirvió para que el espectador se descubriera a sí mismo y sintiera tal vez algo de amargura por los sudores pasados en una lucha que podía no conducir a nada fundamental sino sólo al cambio de hombres, al "quítate para que yo me ponga", de Pago Chico. Se incorporó entonces, con la decisión y el entusiasmo que siempre signaron sus actitudes, al naciente movimiento socialista. No le atrajo el movimiento anárquico ni proclamó la revolución social por la violencia, que a tantos encandiló en esos años. Era la suya la posición más difícil y sacrificada, porque la masa del pueblo se movía tumultuosa, inmadura y hasta caótica por su misma heterogénea composición, incapacitado para incorporarse a movimientos orgánicos y unirse disciplinariamente en una acción colectiva.

En esos días Juan B. Justo, austero, severo y rigurosamente científico, orientó la fundación del partido socialista, del que fueron sus antecedentes los movimientos sindicales que hemos recordado, la prensa proletaria, como "El Obrero", la existencia de centros y clubes como el *Worwärts*, de 1882, creados y sostenidos principalmente por trabajadores extranjeros. Cabe decir que muchos intelectuales de relieve se incorporaron a la nueva fuerza político-social. Estaban en plena juventud y se prodigaron como románticos del ideal con su

pluma y con su verba. Entre ellos, Leopoldo Lugones, José Ingenieros, Alberto Gerchunoff. Algunos de esos intelectuales se mantuvieron firmes, cuando menos en una línea de pensamiento, durante toda su vida; otros seguirían tras distintas banderas o serían sensibles a nuevas modas o cantos de sirenas. Payró, no nos cabe duda, estuvo entre los primeros.

Puede decirse que ni en los tiempos iniciales fue un socialista lírico. Siguiendo su actuación de militante se adquiere la certeza de que se constituyó en fiel discípulo de Justo. Lo muestra así su contracción al trabajo metódico, su rigor en el estudio, su dedicación a la cátedra en los centros obreros más que a la tribuna de circunstancias, su frecuentación de los teóricos del socialismo, aun en otros idiomas (tradujo al castellano *Socialismo y ciencia positiva*, de Enrico Ferri). Fue co-director de "El Obrero" y redactor de "La Vanguardia", secretario de un centro y participante de congresos del partido.

Puede decirse que la incorporación de Payró al socialismo se produjo con el fracaso de la revolución radical de 1893, en la que había tomado parte. La suya sería una militancia no de agitador sino docente. Tenía extraordinaria fe en la educación, que ya apuntó en un discurso pronunciado en Bahía Blanca en febrero de 1888 —a los 21 años—, donde dijo que "el arma con que la civilización venció a la barbarie es la escuela" y que el libro simboliza la libertad.

Media docena de años después, entregado a la militancia social, estaba ya en la plenitud de su talento, pero conservando totalmente su espíritu de la época que podemos llamar pagobien y para el patriota era sombrío, porque el destino del hombre de bien estaba en manos de delincuentes y el de la patria en poder de pícaros y aventureros. Fustigó duramente, mostrando una valentía personal de la que no todos los periodistas ni escritores podían hacer alarde. La visión del lector a la distancia, el de sus obras de ficción y el de sus crónicas de la chiquense. En 1901 Estanislao Zeballos lo incorporó como

secretario a la "Revista de derecho, historia y letras", por él fundada y dirigida, y fue presentado en párrafos que hoy nos evocan magníficamente su estampa física y moral: "... Es un muchacho grande con todos los entusiasmos, con todas las vehemencias, con todas las exageraciones que bullen en el ímpetu irreflexivo de los primeros años. La lucha de la vida que ha sido muchas veces para él áspera y ruda no ha logrado apagar los impulsos generosos y un tanto idealistas que forman el fondo de su espíritu". Y más adelante: "Pone siempre sobre el tapete un poco de su corazón, sin advertir que en estas partidas se juega invariablemente a pura pérdida. Así ha luchado con altiva entereza durante muchos años bajo la sofocante opresión del anónimo que en nuestro periodismo, como la arena en el desierto, mata el germen de toda savia y esteriliza la fuerza de toda iniciativa". Y luego: "Si algún defecto puede tachársele es el exceso de sinceridad. Hay caracteres viperinos que seducen por el encanto de las formas externas. El encarna el caso inverso. Lleno de generosidad y de bondad, no sabe amoldar su rigidez a las liturgias consagradas. Cuando tropieza con un obstáculo se estrella contra él para derribarlo. Otros lo evitan y pasan. Es esa la fuerza que no tiene y que no tendrá probablemente nunca. Como periodista ha obrado siempre por convicción, nunca por conveniencia. Persigue su ideal con perseverancia, con fe, con una confianza en la que hay un poco de vago romanticismo. Cuesta conocerlo, pero una vez que se llega a comprender el fondo de su carácter y a apreciar el valor de su inteligencia, la estimación brota espontánea y sincera, y el vínculo de la amistad queda afianzado con el sello de oro que ponen la nobleza de su corazón y la elevación de su espíritu" (3).

Ese era el joven Payró, frecuentador entonces no sólo de las redacciones de los diarios sino también de los cenáculos donde pronto reinaría como astro de primera magnitud el

(3) "Revista de derecho, historia y letras", año IV, t. X (1901), p. 116/117.

poeta de los *Cantos de vida y esperanza*, de quien fue amigo entrañable pero al que no siguió ni en la bohemia regada con licores, ni en el trato con princesas melancólicas, aunque valoró como el que más su talento creador y el significado de su presencia en la literatura. Tenía distinta sustancia y lo impulsaban otros afanes.

Ahora, el de la lucha por la dignificación de las clases proletarias. En ese mismo año 1896 escribió para el *Anuario de la prensa argentina* que editó Jorge Navarro Viola, un trabajo sobre “La prensa socialista” que nos muestra como su incorporación a este movimiento no fue impulsivo sino consecuencia de un sereno meditar sobre los principios que lo orientaban. Discute allí la opinión de muchos, que afirman no ser el nuestro, campo para el socialismo. Fuera de que —dice— todo gran movimiento de ideas europeo ha tenido repercusión en América y que seguimos dependiendo del viejo continente en cuanto al pensamiento, en este caso el terreno es más propicio aquí, aunque no lo parezca. Opina que se creen inmotivadas las ideas socialistas y es en realidad porque nos hallamos más cerca de ellas. El socialismo argentino ha ido germinando lentamente, a medida que creció la avidez de los propietarios, la especulación, las medidas gubernamentales, todo lo cual infló los precios de los útiles de trabajo, de la tierra en primer término. Los impuestos castigan a los pobres y apenas rozan a los ricos; reina el latifundio, muchos centros urbanos se despueblan, grandes extensiones se mantienen yermas, en manos de acaparadores, mientras pastores y labradores carecen de suelos fértiles y deben ganarse el pan en tierras inferiores y alejadas. Domina al país una especie de positivismo despiadado: los maestros están impagos, los empleados y los obreros visten y comen peor que los antiguos esclavos. Se fueron los tiempos en que el trabajador podía conquistar un pequeño capital y vivir con cierta holgura. Hoy “los grandes absorben a los pequeños, y el trabajador, el asalariado, ve con dolor y no sin protesta que su sa-

lario alcanza apenas para su subsistencia y la de su familia". Pasa la vista sobre la evolución del país y asienta que está fermentando otra revolución como la del 90, porque juegan ahora los mismos elementos que prepararon aquélla; falta la moral y prima la especulación. El pueblo carece de capacidad para discernir, para utilizar el voto, el que por otra parte carece de elementales garantías. Hace referencia al movimiento socialista mundial, con fresca información, y volviendo a la Argentina reconoce que se desarrolla con lentitud por una serie de factores que enumera. Hace el recuento de los centros orientados por el socialismo y la reseña de la prensa que lo propaga, para terminarlo con una nota humorística: "Ya verá usted cuántos se harán socialistas, cuando vislumbren que también por ahí se puede llegar a las cámaras..." (4).

Contemporánea fue su conferencia sobre "La acción política del obrero", pronunciada en el Centro Socialista de Buenos Aires, donde arremete contra la violencia como método o sistema y brega porque los trabajadores utilicen el voto, poderoso instrumento de defensa que se desprecia. Pero la acción del proletariado no se limita a eso, y si la lucha está llena de sacrificios cada uno de ellos proporciona un pequeño triunfo: incremento del salario, una hora menos de labor diaria. Esa es la eficacia de la huelga, más provechosa que la teoría nihilista, diluida en lírica protesta. Por medios políticos se logran conquistas positivas, afirma. Incita a los extranjeros a naturalizarse para utilizar el comicio y recomienda a los trabajadores desconfiar de los partidos tradicionales, que representan a hombres y no encarnan ideales.

Otra conferencia suya fue la ley de conchabos, ley que no significa más que la esclavitud del trabajador, una especie de venta de un hombre a otro hombre. Se aprovecha de la ignorancia del peón para encadenarlo, y "Es desgraciado porque no sabe, es desgraciado porque los demás no quieren que

(4) ROBERTO J. PAYRÓ, "La prensa socialista", en *Anuario de la prensa argentina, 1896*. Buenos Aires.

sepa; es desgraciado porque ocupa el lugar de la bestia de carga o del caballo del tranvía; es desgraciado porque es rueda y no motor . . .”, dice, bregando, directa o indirectamente, por la educación de la clase obrera.

En esta línea están una disertación sobre la pena de muerte y la medulosa conferencia que leyó en 1902 sobre Emilio Zola, uno de sus maestros. Conoció a Zola seguramente como ninguno lo conociera aquí en esas horas en que tuvo tanta difusión. Se fue a la raíz de sus novelas y descubrió cuánta belleza, cuánta poesía y cuánta moral encierra ese movimiento de multitudes que desfila ante el lector atento. Al final, el recuerdo de la actitud del escritor cuando, en el proceso Dreyfus, se sintió llamado para defender la dignidad humana, gesto heroico grato a quien seguía la misma línea durante toda su vida.

Otro tema fue el de la educación de la mujer, cuya situación de inferioridad entre nosotros recordó más de una vez. Fue el asunto que trató en el Centro Socialista Femenino, donde hizo gala de cuidado estilo literario sin eludir el fondo del problema, asentado sobre todo en el aislamiento en que se tiene a la mujer, la que no llega sino por excepción a un apreciable grado de cultura <sup>(5)</sup>.

Vio el peligro de la ingerencia clerical en la vida argentina y el de la educación en aulas confesionales, tema en el que centró su trabajo “El movimiento liberal”, publicado en 1901 en la Revista de Zeballos <sup>(6)</sup>, donde acusa una información precisa y actual sobre el movimiento político-religioso en el mundo. No existe en Argentina el clericalismo de otros lugares —España por ejemplo—, pero hay que estar en guardia para

<sup>(5)</sup> Los textos de conferencias y colaboraciones periodísticas de esta época se guardan en el archivo familiar, en originales o recortes, no siempre con precisa indicación del lugar de publicación.

<sup>(6)</sup> ROBERTO J. PAYRÓ, “El movimiento liberal”. En “Revista de derecho, historia y letras”, año IV, t. X (1901).

evitar “que un excesivo aumento de poderío de las comunidades, pueda permitirles retardar la evolución y aun provocar un retroceso”. Brega por la escuela laica y dice que para contrarrestar la ofensiva, es necesario instalar una frente a cada convento, y no proceder como procede el gobierno, a entregar la juventud a los sacerdotes.

Esa fue su militancia socialista, militancia poderosamente alentada por su sentimiento humanista y su inmovible fe en la justicia.

• • •

Queriendo liberarse de obligaciones que le robaban muchas horas diarias y dedicarse de lleno a su labor creadora, y también buscar las mejores posibilidades para la educación de los hijos (porque este escritor que pudo haber sido un bohemio en los años de Sousens, nunca dejó de ser hombre de hogar y de vivir para la familia), se fue a Europa en 1907. Se detuvo en Barcelona, donde concretó aspiraciones poniéndose a escribir *Las divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*. No dejó por eso de enviar sus correspondencias a “La Nación”, base de su sostén fuera del país. Tampoco metió en el baúl su espíritu ciudadano. Cuando en la Península se produjo la represión de tumultuosos movimientos anarquistas tomó posición, como lo hubiera hecho en su patria, y cuando se le advierte que siendo extranjero no debe inmiscuirse en asuntos de allí, responde que en su calidad de hombre se interesa por el drama, como actor y no en calidad de espectador. “Y en cuanto hombre —dice— cábeme el derecho e incúmbeme el deber de advertir que en estos momentos la pasión influye en la justicia...”.

Luego vase con su familia a Bélgica. Tiempos apacibles al principio, que le permiten revolver papeles de vieja data y escribir los sobrosos relatos vinculados con la tradición y el folklore de los Países Bajos. También afrontar la elaboración

de una de sus obras literarias de mayor aliento. *El capitán Vergara*, muchos de cuyos capítulos escribiría más tarde, cuando el cañón aterraba a las poblaciones y las tropas invasoras arrasaban con cuanto se ponía a su paso. Tiempo de dolor y de tragedia, encontró al periodista alerta para la información y firme al hombre en su puesto de defensor de la justicia y de los valores humanos.

Payró vivió íntegros los días y los años de la guerra en Bélgica, el país que más la sufrió. Las alternativas del drama, desde sus prolegómenos, pueden seguirse a través de las correspondientes que envió al diario argentino y su aventura personal, dramática y heroico, es conocida. Cuando, haciendo valer su calidad de extranjero, podía salir de la zona en llamas, en momentos en que las tropas invasoras se acercaban a donde estaba con su familia, no se acogió a la ventaja porque como periodista debía informar sobre los hechos, como amigo del pueblo invadido no podía abandonarlo en el difícil trance y como hombre estaba obligado a denunciar los atropellos y a ocupar en la lucha el lugar que le correspondía.

Sus ideales pacifistas sufrieron rudos golpes, pero se fortalecieron contemplando los acontecimientos. Vio cómo las fuerzas obreras organizadas echaban leña al fuego en uno y otro sector; a los socialistas olvidados de su internacionalismo para empuñar el mauser agresor y sobre todo "que la grandeza de la guerra no existe sino para los que, siglos más tarde, la contemplan a través de los libros que no dicen la verdad". La verdad de la guerra es el desprecio de la vida humana, la violación de las doncellas, la humillación del vencido, la burla de la justicia. Su hijo se marcha, voluntario, en una ambulancia que recogerá los heridos en el campo de batalla; falta el fuego en el hogar, que allanan los invasores. Lo detienen y se salva por milagro del pelotón de fusilamiento. Pero él sigue cumpliendo el mandato de su conciencia: escribe a escondidas su "Diario de un testigo" y las cuartillas las hace llegar a "La Nación" de Buenos Aires, aunque a veces lo

trampeen los intermediarios; aunque tenga que recorrer a pie, eludiendo la vigilancia del invasor y trasponiendo fronteras, la larga distancia que hay hasta el buzón postal que está en Holanda.

La repercusión de estas crónicas fue extraordinaria y la metralla de las cuartillas del periodista mucho más eficaz que la de los fusiles. Quien las escribió fue un combatiente, no un espectador impasible ni un testigo involuntario. Para quienes las leyeron entonces, denuncia; para nosotros, a la distancia, la explosión de una conciencia. Cumplía el hombre con su deber (?).

De esta gran aventura resultó un cuerpo agobiado y un organismo gastado. Pero el ánimo seguía igual y las amarguras no habían apagado su esencial optimismo. Se produjo el "regreso al pago" y aquí, considerado maestro y respetado por todos, se rodeó de los escritores jóvenes que estaban también en su lucha. Siguió cumpliendo su destino de periodista y escritor, publicó crónicas, dio nuevas piezas teatrales y puso fin a esa admirable novela evocativa del descubrimiento del Río de la Plata que tituló *El mar dulce*. En esos días Arturo Lagorio lo visitó en su casa de Lomas de Zamora. Platicaron largo. "Yo nunca he sometido mis opiniones a la oportunidad periodística", le dijo. Y siguió: "Tal vez hubiera valido más; pero ello fue siempre inferior a mi espiritualismo... Y ¿por qué no decirlo? a mi rebeldía, que ni aun los años redujeron... Así estoy pobre, pero no me alarmo, estoy acostumbrado... ", terminó con humor.

(?) Las crónicas de Payró sobre los prolegómenos de la guerra y la invasión de Bélgica se fueron publicando en "La Nación", de Buenos Aires, a veces con retraso. Posteriormente, ya de regreso a la Patria, volvería más de una vez sobre el tema, no siempre en el mismo diario. Detalles sobre esta época en la vida del autor pueden encontrarse en: GERMAN GARCÍA, *Roberto J. Payró; testimonio de una vida y realidad de una literatura*. Buenos Aires, Nova, 1961.

Recordando los millares de cuartillas salidas de su pluma, el escritor en su refugio de Lomas, podía haber hecho un balance cuyas cifras asombraron al diletante de la literatura. A nosotros la cantidad no nos interesa tanto, pero sabemos que solamente las páginas escritas fuera de las horas de agobiadora tarea periodística, las de pura creación, representarían una vida de agotadoras jornadas para cualquier escritor. Fue un trabajador de excepción pero así y todo al terminar sus días, el 5 de abril de 1928, no se habían cumplido totalmente sus ilusiones de legarnos la serie cíclica, al modo de Balzac. Nos dejó en cambio el ejemplo de una vida entregada a la defensa de los más caros valores humanos, la de un ciudadano de su país y del mundo.